

CAPITULO XXII.

CURACION DEL CIEGO DE NACIMIENTO.—PERPLEJIDAD DE LOS JUDIOS CON ESTE MOTIVO.

EL BUEN PASTOR.

“Y pasando Jesus vió á un hombre ciego de nacimiento, y preguntaron al Señor sus discípulos diciendo: Maestro, ¿quién pecó, este ó sus padres, para que naciese ciego (*) (1)? Respondió Jesus: Ni este pecó ni su padre, sino para que se manifiesten las obras de Dios (**)

(*) ¿Cuál ha podido ser la causa de que este naciese ciego, sus pecados ó los de sus padres? Bien sabian que este ciego no habia podido pecar con pecado personal antes de nacer; y tambien que el pecado fué el que introdujo las enfermedades en el mundo, y que algunas veces castiga Dios en los hijos los pecados de los padres. Por esto proponen al Señor esta cuestion, para que los instruyese y dijese lo que pudiera haber ocasionado en este hombre una tal desgracia. (Nota del Illmo. Scio al cap. IX de San Juan).

(1) Ya he hablado en otra parte, de la opinion extravagante de los fariseos sobre la metempsícosis, segun la cual, muchas almas debian expiar en un nuevo cuerpo, las culpas cometidas en la vida pasada. Algunos discípulos de Jesus no estaban tampoco exentos entonces de esta idea, que servia tambien de fundamento á estas palabras de los judíos del gran consejo, con que reprochaban al ciego haber nacido en el pecado, segun veremos bien pronto.

(**) El Señor les responde, que no precisamente por sus pecados le habia Dios enviado aquel trabajo, pues habia otros muchos igualmente pecadores, á quienes no habia acaecido semejante desgracia: y que Dios envia las desgracias á los hombres, ó para castigar sus propios pecados, ó en los hijos las injusticias de los padres en que tuvieron alguna parte, ó que los imitan; ó para purificar y probar su virtud, ó para hacer brillar las

en él. Conviene que yo haga las obras de aquel que me ha enviado mientras es de dia: viene la noche en que nadie puede trabajar. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo. Habiendo dicho esto, escupió en el suelo, hizo barro de la saliva, y untó con este barro los ojos del ciego y le dijo: Vé y lávate en la piscina de Siloe (que se interpreta enviado) (*). Fué, pues, y se lavó y volvió con vista.

“Mas los vecinos y los que le habian visto antes, porque era un mendigo, decian: ¿No es este el que estaba sentado y pedia limosna? Unos decian: El es. Mas otros

obras de su poder. *Santo Thom.*—*San Juan Crisóstomo* hace aquí una observacion muy importante, que puede servir para ilustrar otros muchos lugares paralelos de la Escritura, esto es, que Dios no hizo nacer ciego á este hombre, para tener ocasion de obrar un milagro en su persona, sino que la ceguera de este hombre sirvió para manifestar y hacer brillar el poder divino. (Nota del Illmo. Scio al cap. IX de San Juan).

(*) Este es uno de los nombres que la Escritura da al Mesías, *Schilo*, *Enviado*; ó como otros quieren, *el que ha de ser enviado*. Por una secreta disposicion de la divina Providencia, fué dado este nombre á una piscina, á cuyas aguas debia comunicar el *Enviado* de Dios la virtud de dar la vista á un ciego de nacimiento; siendo esto la figura del bautismo, en donde nuestras almas son lavadas é iluminadas por el Espíritu Santo, y representando ellas al vivo todas las gracias que nos vienen por los méritos del Mesías verdadero. El Señor con sola su palabra pudo curarle; pero quiso que precediesen todas estas disposiciones para probar su fé: y lo mismo habia ya practicado Eliseo con Nahaman (*IV Reg.*, v. 12), y tambien para confundir á los fariseos, que por leyes de su capricho, y que habian añadido á la ley de Dios, hacian consistir la religion del sábado en ciertas menudas observancias, que no eran sino hipocresía y supersticion, v. 14: y por la misma razon mandó al paralítico (*Cap. V*, 8), á quien curó tambien en sábado, que cargase con el lecho en que yacia. (*Idem idem*).

decían: No es, pero se le parece. Y él decía: Yo soy. Decíanle, pues: ¿Cómo se han abierto tus ojos? Y respondió: Aquel hombre que se llama Jesus, hizo barro y untó mis ojos, y me dijo: Vé á la piscina de Siloe y lávate. Y fuí, y me lavé, y veo. Dijéronle ellos: ¿Dónde está? Y dijo él: No sé. Presentaron, pues, á los fariseos el que habia sido ciego (1). Y era un sábado cuando Jesucristo hizo el barro y abrió los ojos de aquel. Preguntábanle, pues, otra vez los fariseos, cómo habia visto, y él les dijo: Me puso barro sobre los ojos, me lavé, y veo. Algunos de los fariseos decían: Este hombre no es Dios, porque no guarda el sábado. Mas otros decían: ¿Cómo puede un pecador hacer estos prodigios? y habia division entre ellos. Dicen, pues, otra vez al ciego: Y tú, ¿qué dices del que ha abierto tus ojos? Y respondió él: Que es profeta. Mas los judíos no creyeron de él que hubiese sido ciego y recobrado la vista, hasta que llamaron á sus padres, y les preguntaron, diciendo: ¿Es este vuestro hijo que decís vosotros que nació ciego? Pues ¿cómo es que ve ahora (*)? Sus padres respondieron y dijeron: Sabemos que este es nuestro hijo y que nació ciego; mas cómo es que ahora ve, ó quién ha

(1) *A los fariseos*, lo cual quiere decir aquí: delante del gran consejo, porque éste se componía entonces generalmente, de fariseos. La expresión *los judíos* significa también el gran consejo.

(*) La pregunta que hacen, da bien á entender la respuesta que buscaban. Querían, pues, sin duda, que ó dijese que no era aquel su hijo, ó que no habia nacido ciego, lo que les bastaba para disminuir el crédito de un milagro. Pero los padres intimidados, confesaron que era su hijo, y

abierto sus ojos, no lo sabemos: preguntadle á él: edad tiene, que hable por sí. Dijeron esto sus padres, porque temían á los judíos, pues ya habian concertado los judíos que si alguno confesaba que aquel era el Cristo, fuese arrojado de la sinagoga. Por eso dijeron los padres: Edad tiene, preguntadle á él.

«Llamaron, pues, segunda vez al hombre que habia sido ciego, y le dijeron: Da gloria á Dios (1): nosotros sabemos que ese hombre es pecador. Y él les dijo: Si es pecador, no lo sé; lo que sé es, que siendo yo ciego, veo ahora. Dijéronle, pues: ¿Qué te hizo? ¿Cómo abrió tus ojos? Y él les respondió: Ya os lo he dicho, y lo habeis oido: ¿por qué quereis oirlo otra vez? ¿Por ventura, quereis vosotros hacer os sus discípulos? Maldijéronle ellos, y dijeron: Sé tú su discípulo; que nosotros somos discípulos de Moises. Nosotros sabemos que Dios habló á Moises; mas este no sabemos de dónde es. Respondió aquel hombre y les dijo (*): Pues es admirable que no

que habia nacido ciego; pero añadieron, que no sabían cómo veía. Para esto, se remitieron al testimonio de su hijo, de quien decían que tenia edad para poder hablar y ser creído en juicio, que entre los hebreos era la de trece años arriba. (Nota del Illmo. Scío al cap. IX de San Juan).

(1) Modo de jurar usado entre los judíos, cuando indagaban la verdad, como se dice en el capítulo VII, v. 19 del libro de Josué, porque la verdad glorifica á Dios. (*N. del T. E.*)

(*) En el mismo tono de ironía les dice: Por cierto es una cosa asombrosa, que vosotros que entendeis las Escrituras, é instruís á los otros, no alcanceis de dónde sea aquel que ha abierto los ojos á un ciego de nacimiento; y que nosotros, aunque rudos é ignorantes, alcanzamos que Dios no oye á pecadores para obrar una maravilla como la que ha obrado con-

sabeis vosotros de dónde es, y él ha abierto mis ojos: mas sabemos que Dios no oye á los pecadores (*); pero si alguno es siervo de Dios y hace su voluntad, le oye. En la vida se ha oido que nadie abrió los ojos de un ciego de nacimiento. Si este no fuera de Dios, no podría hacer nada. Respondieron ellos, y le dijeron: Tú has nacido todo en el pecado, y ¿nos vienes á enseñar? Y le echaron fuera.

“Supo Jesus que le habian echado, y habiéndole encontrado, le dijo: ¿Tú crees en el Hijo de Dios? Respondió él, y dijo: ¿Quién es, Señor, para que yo crea en él? Y le dijo Jesus: Tú le has visto, y el que habla contigo, ese es. Mas él dijo: Creo, Señor: y prosternándose le adoró. Y dijo Jesus: Yo he venido á este mundo para el juicio, para que los que no ven, vean, y los que ven, se queden ciegos. Y lo oyeron algunos de los fariseos

migo; y tal, que no se ha oido semejante desde que el mundo es mundo. Demas de esto, entendemos que este hombre es Dios, le honra y cumple su voluntad, porque Dios le oye: de lo contrario, no podría hacer tales prodigios; porque Dios, que es la verdad, no concede á un impostor el poder de autorizar sus mentiras con milagros. (Nota del Illmo. Scio al cap. IX de San Juan).

(*) El ciego habla como que aun no estaba enteramente iluminado en el espíritu; porque es cierto que Dios oye á los pecadores que de veras le buscan, como se vió en el publicano, y en otros lugares de la Escritura. Y aun algunas veces concede á los pecadores las gracias extraordinarias, que los teólogos llaman *gratis datas*, como el don de profecía, de milagros, etc. Así profetizó Caifás, como dice el Evangelio, y de historias fidedignas consta haber Dios obrado milagros por medio de pecadores, y aun infieles. (Idem idem).

que estaban con él, y le dijeron: ¿Somos tambien nosotros ciegos? Díjoles Jesus: Si fuérais ciegos, no tendríais pecado; mas ahora decís: Vemos, y vuestro pecado permanece. (San Juan, Cap. IX).”

Jesucristo, segun acabamos de ver, tocó otra vez el gran pensamiento de que él era la luz del mundo, y la curacion del ciego le presentaba naturalmente la ocasion de hablar de esto (1). Todos nosotros nacemos ciegos, segun el espíritu, para ser iluminados por aquel que es *la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo*: luz que conduce á la salvacion á todos los que siguen fielmente la claridad del sol ó de la luna (porque la luna luce tambien con la luz del sol).

Esta luz fortifica los ojos que ilumina; pero sus rayos dejan ciegos á los orgullosos que no quieren dejarse guiar de ella. El sábio Sócrates, tan fiel á la claridad de esta luna, hizo grandes progresos en el conocimiento de la verdad, por la cual murió. Cuando los vanos sofistas de Atenas se jactaban de su aparente sabiduría, el modesto sábio decia que eran unos ignorantes como él; pero que les llevaba la ventaja de estar convencido de su ignorancia, al paso que ellos se figuraban ser sábios.

“Si vosotros fuérais ciegos, dice el Hijo de Dios á los

(1) El pensamiento de que Jesus es la luz del mundo, domina en los capítulos VIII y IX de San Juan. Me parece que por este medio, la explicacion dada en el capítulo precedente sobre el versículo 25 del VIII, viene á ser mucho mas verosímil de lo que es, estando enlazada con el versículo 12.

orgullosos fariseos, aquellos sofistas de Jerusalem, no tendríais pecado; pero ahora decís: Vemos; y vuestro pecado permanece.”

Conmuévanse nuestros incrédulos al leer esta historia, ya por su grande autenticidad, pues se trata de un ciego de nacimiento, á quien conocian como tal los habitantes de Jerusalem, y que despues de haber recobrado la vista, fué llamado delante del gran consejo, ya por el carácter indudable de verdad que lleva en sí con una simplicidad admirable, y una ingenuidad bondadosa y desnuda de todo artificio. A todo esto se agrega una serie natural de pensamientos é imágenes, á que es imposible llegar en una ficcion, y que como sucede tantas veces en la vida ordinaria, es interrumpida, pero no destruida por un acontecimiento inesperado que arrebatada en su curso, y del cual toma nuevo pábulo para recobrar, en medio de una porcion de imágenes y expresiones enlazadas estrechamente, una vida de verdad que desecha la menor duda, al modo que el viento disipa un vapor ligero.

Nuestro Salvador continúa así:

“En verdad, en verdad os digo: El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, es un ladron y salteador; mas el que entra por la puerta, es el pastor de las ovejas. A este le abre el portero, y las ovejas escuchan su voz; y él llama por su nombre á sus propias ovejas, y las saca fuera. Y cuando ha sacado sus propias ovejas, va delante de

ellas, y las ovejas le siguen porque conocen su voz; mas no siguen á un extraño, sino que huyen de él, porque no conocen la voz de los extraños (*). Díjoles Jesus esta parábola; mas ellos no entendieron lo que les hablaba. Díjoles, pues, Jesus otra vez: En verdad, en verdad os digo que yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido (**) (antes de mí) son ladrones y

(*) El aprisco es la Iglesia: las ovejas son los fieles, y particularmente los escogidos: la puerta es Jesucristo. El portero el mismo Dios, que recibe á todos los que entran por Jesucristo, esto es, en su nombre, por su orden, y por el movimiento de su espíritu. El verdadero pastor es el que entra por Jesucristo, que es el Pastor de los pastores: el extraño y el ladron es el que no tiene vocacion legítima para conducir las ovejas. (Nota del Illmo. Scio al cap. X de San Juan).

(**) Y que han osado atribuirse la cualidad del Mesías. (San Chrysost). Tales fueron Theodas, Judas de Galilea, y otros semejantes impostores. Pueden tambien entenderse todos los falsos profetas que no eran enviados por el Señor, y mas particularmente los fariseos, sadduceos y esenos, que en algunos siglos fueron, no pastores del pueblo, sino unos lobos que le devoraban. (Jer., XXIII, 1. Ezechiel, XXXV, 2. Zacharías, XI, 16). Es de advertir, que antes de venir el Mesías, no se halla que alguno se quisiese alzar con este glorioso título; pero despues que apareció en el mundo, se levantaron muchos que pretendieron hacerse reconocer por tales. Véanse los Hechos (Cap. V, y Josepho). De aqui se saca contra los judíos un argumento que no tiene réplica, de que el tiempo en que se descubrió nuestro Redentor, fué el mismo en que aquel pueblo esperaba al Mesías. ¿Por qué, pues, antes de la venida del Mesías no hubo alguno que se apropiase este nombre? Fué sin duda porque sabian que no era aún llegado el tiempo señalado para su venida, y que serian luego tenidos por unos impostores. ¿Y por qué, luego que se verificó su venida, se levantaron tantos que quisieron ser tenidos por Mesías? (Matth., XXIV, 23). Fué porque veían que la conformidad del tiempo y la expectacion comun, podian favorecer á su pretension. (Idem idem).

salteadores, y las ovejas no los han escuchado. Yo soy la puerta: si alguno entrare por mí, se salvará y entrará, y saldrá, y hallará pastos (*). El ladron no viene mas que á robar, matar y destruir. Yo he venido para que aquellas tengan la vida, y la tengan con mas abundancia.

“Yo soy el buen Pastor: el buen pastor da la vida por sus ovejas; mas el mercenario y que no es pastor ni tiene ovejas propias, ve venir el lobo, y deja las ovejas, y huye, y el lobo arrebatá y dispersa las ovejas. El mercenario huye porque es mercenario, y no le importan las ovejas. Yo soy el buen Pastor, y conozco á las mias, y las mias me conocen á mí. Así como el Padre me conoce á mí, yo conozco al Padre, y doy mi vida por mis ovejas. Y yo tengo otras ovejas que no son de este redil: conviene tambien que yo las traiga, y ellas oirán mi voz, y habrá un solo redil y un solo pastor (**).

(*) MS. *Pasuras*. No basta entrar por la puerta, que es Jesucristo, para salvarse. Judas entró por esta misma puerta, y se perdió: y así, lo que significan estas palabras *será salvo*, es que se pondrá en estado de salvacion, aunque pueda despues perderse por su culpa. El que por el bautismo y la fé en Jesucristo hubiere entrado en su Iglesia, si es fiel á las promesas que hizo en él, vivirá libre de pecado, y saldrá en paz de este mundo á gozar de la eterna bienaventuranza. Se alimentará, mientras viva, con su divina y celestial doctrina, con la sacratísima Eucaristía, y con internos consuelos é inspiraciones; y despues de la muerte pasará á gozar eternamente de la divina contemplacion, y de la abundancia de todos los bienes de la casa del Señor, en los que quedará embriagado, cuando bebiere en el torrente de las divinas delicias. (*Psalm. XXXV, 9*). (Nota del Illmo. Scio al cap. X de San Juan).

(**) Estos son los gentiles que debian creer en Jesucristo y formar una sola Iglesia con los judios convertidos. (*Idem idem*).

“Por eso me ama el Padre, porque yo doy mi vida para tomarla otra vez: ninguno me la quita, sino que yo la doy de mi voluntad, y tengo potestad de darla, y tengo potestad de tomarla otra vez. He recibido este precepto de mi Padre (*). De nuevo se suscitó un altercado entre los judíos por estas palabras. Decian muchos de ellos: Tiene el demonio y está loco: ¿por qué le escuchais? Otros decian: Estas palabras no son de un endemoniado: ¿acaso puede el demonio abrir los ojos de los ciegos. (San Juan, X, 1 á 21)?”

Por los ladrones y salteadores, de quienes dice Jesucristo que habian venido antes de él, puede entenderse con algunos, á los fariseos, que desviaban al pueblo del camino verdadero por su mala conducta, su hipocresía y su orgullo, y con otros, puede creerse que quiso hablar de aquellos seductores del pueblo, que segun se ha dicho en esta historia, se presentaron como los salvadores de la nacion, y acarrearón la ruina del estado.

Mas todos los doctores falsos que desvian de Jesucristo, son ladrones y salteadores, y mucho mas peligrosos cuando con la máscara del apostolado procuran debilitar la palabra de Dios con las falsas interpretaciones de

(*) Habla como hombre sometido perfectamente á la voluntad de su Padre, que era la misma que la suya: porque segun su naturaleza divina, el Padre y el Hijo no tienen sino una misma voluntad. Este es el mandamiento que Jesucristo recibió del Padre en su encarnacion, de morir por la salud del mundo, y fué obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; pero ejerció esta obediencia con perfecta libertad. (Nota del Illmo. Scio al cap. X de San Juan).

su sabiduría monstruosa, cuando so color de combatir la supersticion, se arman de piés á cabeza á favor de la irreligion, y cuando negando las potestades del otro mundo porque no han podido descubrirlas, atribuyen á la razon mal ilustrada bastante fuerza para desarraigar la corrupcion del corazon del hombre, y levantarnos en alas hasta el cielo. Son unos insensatos, que no quieren reconocer que la mayor supersticion es la que con peligro del alma inmortal atribuye á las fuerzas naturales lo que solo es posible á Dios. Del discurso de Jesus, citado en este capítulo y pronunciado durante la fiesta de los *Tabernáculos*, pasa inmediatamente el evangelista San Juan á lo que dijo el Señor unos tres meses despues, cuando se celebraba la *dedicacion* del templo. El orden de los sucesos nos lleva ahora al evangelio de San Lúcas.

CAPITULO XXIII.

CURACION DE DIEZ LEPROSOS.—ULTIMA VENIDA DE JESUCRISTO.

“Y sucedió, que yendo Jesus á Jerusalem, atravesaba la Samaria y Galilea; y al entrar en un lugar le salieron al encuentro diez leprosos, que se detuvieron á bastante distancia, y levantaron la voz diciendo: Jesus, maestro, compadécete de nosotros. Luego que los vió dijo: Id y presentaos á los sacerdotes. Y aconteció, que mientras iban quedaron límpios de la lepra. Uno de

ellos, viendo que habia quedado limpio, volvió glorificando á Dios en alta voz, y se postró con el rostro en tierra á los piés de Jesus, dándole gracias, y éste era samaritano. Mas Jesus dijo: ¿No se han curado los diez? Pues ¿dónde están los otros nueve? ¿No se ha hallado uno que volviese y diese gloria á Dios sino este extranjero? Y le dijo: Levántate y véte, porque tu fé te ha salvado.

“Preguntado por los fariseos: ¿cuándo viene el reino de Dios? les respondió: El reino de Dios no viene con ostentacion, ni dirán: está aquí, ni está allí, porque ved que el reino de Dios está dentro de vosotros (*). Y dijo á sus discípulos: Vendrá el tiempo en que deseéis ver un dia al Hijo del hombre y no le vereis, y os dirán: Está aquí ó esta allí. No vayais ni le sigais, porque así como el relámpago que brilla desde una parte del cielo hasta la otra, ilumina lo que está debajo del cielo, así aparecerá el Hijo del hombre en su dia. Mas antes es preciso que este padezca mucho y sea reprobado por esta generacion. Y como sucedió en los dias de Noé, así sucederá en los dias del Hijo del hombre. Comian

(*) Quería decir, *el Mesías que esperais*, ya ha venido y está en medio de vosotros. Los fariseos, que estaban llenos de orgullo, no formaban una parte de este reino, que es un reino de humildad y de dulzura; mas les enseñaba el Señor á buscarle, no en la pompa exterior de su poder temporal, semejante al de los príncipes del siglo, sino en el fondo mismo del corazon del hombre, en donde Dios debía establecer principalmente su reino por su espíritu y por su gracia. (Nota del Illmo. Scio al cap. XVII de San Lúcas).

y bebían, se casaban y celebraban bodas hasta el día en que entró Noé en el arca, y vino el diluvio y perdió á todos. De la misma manera que sucedió en los días de Loth: comían y bebían, compraban y vendían, plantaban y edificaban; mas el día en que salió Loth de Sodomá, llovió fuego y azufre del cielo y los perdió á todos. Así sucederá el día en que sea revelado el Hijo del hombre. En aquella hora el que estuviere en el tejado (*) y tuviere su ajuar en casa, no baje á cogerle, y el que estuviere en el campo, no vuelva tampoco atras. Acordaos de la muger de Loth (**). Todo el que procurar salvar su vida la perderá, y el que la perdiere la vivificará. Yo os digo: en aquella noche estarán dos en una cama, y uno será tomado y el otro quedará: estarán juntas dos mugeres en el molino; la una será tomada y la otra quedará (estarán dos en un campo, y será tomado el uno y el otro quedará) (1).

(*) Los tejados eran planos, y estaban balastrados al rededor, para impedir que alguno cayese, y las escaleras para subir ó bajar, caían en lo exterior de la fábrica; de manera, que se podía subir ó bajar sin entrar en la casa. Y esto es lo que insinúa aquí el Señor, que bajasen luego, sin entrar adentro para tomar alguna cosa. (Nota del Illmo. Scío al cap. XVII de San Lúcas).

(**) La pena que sentía la muger de Loth dejando sus bienes, la hizo volver la cabeza para ver lo que pasaba, contra la expresa orden de Dios; y por eso quedó convertida en estatua de sal. La sal, dice San Agustín, es símbolo de la sabiduría: y cuando el Señor encarga á sus discípulos que se acuerden de esta muger convertida en sal, les advierte que sean sábios y escarmienten en su cabeza, no mirando jamás hácia atras, como si conservasen aun algun gusto de los bienes que han dejado. (Idem id.)

(1) Las palabras que van entre paréntesis, faltan en muchos manuscritos griegos; pero se hallan en las traducciones mas antiguas. Algunos autores creen, que del capítulo XXIV, v. 40 de San Mateo, se trasladaron á

“Respondiéronle: ¿Dónde, Señor? Y él les dijo: Donde quiera que estuviere el cuerpo, allí se reunirán tambien las águilas. (San Lúcas, XVII, 11 á 37).”

CAPITULO XXIV.

PERSEVERANCIA EN LA ORACION: JUEZ INJUSTO.

“Mas les decia esta parábola para manifestar que conviene siempre orar y no desmayar. Habia en una ciudad un juez que no temía á Dios ni respetaba á los hombres. Y habia en aquella ciudad una viuda, y acudía á él diciendo: Hazme justicia contra mi enemigo. Y él no quiso en mucho tiempo; mas al cabo dijo para sí: Aunque no temo á Dios, ni respeto á los hombres, sin embargo, porque esta viuda me importuna, haré justicia, no sea que al fin venga y me llene de improperios. Y dijo el Señor: Oid lo que dice este juez de iniquidad; ¿y no hará Dios justicia á sus escogidos que claman á él día y noche, y tendrá paciencia con ellos (*)? Yo os

este de San Lúcas. Por lo demas, por muy parecida que sea toda esta profecía á la que trae San Mateo, no ha de confundirse una con otra, porque Jesus hizo ésta cuando iba á Jerusalem á celebrar la fiesta de la dedicacion del templo, y pronunció la otra en dicha ciudad, poco antes de su muerte.

(*) ¿Y sufrirá que siempre sean oprimidos? La oracion continua, de que habla aquí Jesucristo, y á la que nos exhorta con la parábola y ejemplo de esta viuda, es un precepto que se pone y toca á todos los fieles. Esta oracion consiste principalmente en un deseo continuo de la eterna bienaventuranza, fundado sobre la fé, sobre la esperanza, y sobre la cari-